



## Daniel Paul Schreber, profesor de psicosis

José María Álvarez  
y Fernando Colina

Introducción a: *Sucesos memorables de un enfermo de los nervios* (1900-1902). Edición en español, Madrid: AEN, 2003, Madrid.

**T**ras un calvario dramático, Daniel Paul Schreber murió en la clínica de Dösen el 14 de abril de 1911. Convertido en un ser hermético, permaneció encamado durante los últimos meses, gimiente y sumido en un mutismo apenas roto por risotadas. Junto al cuerpo yacente del otrora insigne doctor Schreber, el personal del asilo halló un pequeño bloc de notas en el que, no sin esfuerzo, pueden descifrarse sus últimas palabras: «fresas / no comer», «investigar las causas», «permaneced eternamente / confiando en nuestro Señor», y, naturalmente, «inocente». Inocencia con la que reafirmó por última vez su posición ante la incesante persecución a la que su Dios, según pensaba, lo venía sometiendo sin piedad. Hostigamiento de un Dios que le exigía transformarse en mujer para procrear una

nueva raza. Frente a tan indigna misión, sabemos que Schreber emprendió en su imaginación una tarea titánica cuyas consecuencias afectaban directamente no sólo al destino de los hombres sino al del Universo entero. Tal es, someramente, el corazón del sistema delirante edificado por este magistrado sajón, cuyo desarrollo hallamos en este incomparable libro.

A fin de facilitar la lectura de su relato, procederemos a exponer algunos datos relativos a la familia Schreber, dado que el director de la edición original, Oswald Mutze, presionado quizá por los allegados, suprimió el capítulo III en el que al parecer el propio Schreber glosaba ciertos hechos referentes a «otros miembros de mi familia».

## Paul Schreber, el hombre

Se dice con razón que el «caso Schreber» es el más célebre de la psiquiatría y del psicoanálisis en materia de psicosis. Desde que Freud le dedicara su brillante ensayo de 1911 se han venido sucediendo un sinfín de investigaciones, unas centradas en los aspectos clínicos y otras destinadas a precisar la historiografía de este hombre y su familia. De este modo, hoy contamos con siete datos altamente fiables sobre sus avatares personales y profesionales, sobre las crisis que padeció, los vínculos familiares que mantuvo y el entorno social en el que se inscribió su drama. En la ciudad sajona de Leipzig, a orillas del Elster Blanco, se asentaba desde hacía varias generaciones la familia Schreber. Y también en Leipzig nació Daniel Paul Schreber, el día 25 de julio de 1842. Su familia contaba entre sus ascendientes con renombrados abogados, profesores y médicos, como lo era su padre, el Dr. Daniel Gottlob Moritz Schreber, especialista en ortopedia y rehabilitación de afecciones de la columna vertebral, y también prolífico autor de una singular obra destinada a la educación de niños y jóvenes.

Moritz Schreber había contraído matrimonio en 1838 con Louise Henriette Pauline Haase, hija del rector de la Universidad de Leipzig. Desde el inicio de su convivencia, Moritz y Pauline se habían instalado en una gran casa, sita en la calle Zietzer, donde el joven médico tenía además su clínica ortopédica. Allí nacieron sus cinco hijos: Daniel Gustav (1839-1877), Anna (1840-1944), Daniel Paul (1842-1911), Sidonie (1846-1924) y Klara (1848-1917); dos de ellos –Gustav

y Sidonie– murieron solteros, otros dos –Paul y Klara– se casaron pero no tuvieron descendencia, y sólo Anna y su marido Carl Jung engendraron seis hijos. Promotor de la gimnasia como medio de fortalecimiento de la salud física y mental, la vida de Moritz Schreber sufrió un inesperado contratiempo en 1851. A raíz de un accidente sufrido en el gimnasio –una pesada escalera de hierro le cayó sobre la cabeza– comenzó a padecer una cefalea crónica y un humor depresivo profundo, que parecen ser la causa del voluntario retiro en el que se sumió. Apartado de la vida familiar y desinteresado por su práctica médica, Moritz intensificó entonces la actividad intelectual y literaria, componiendo la mayor parte de su obra en el último tramo de su vida, en la que destaca el muy difundido *Ärztliche Zimmergymnastik* [*Gimnasia médica casera*, 1855]. Lo cierto es que el ensimismamiento en el que Moritz Schreber vivió sus últimos años ha dado pie, desde los trabajos pioneros de F. Baumeyer y los de W. Niederland, a juicios clínicos en los que se le tilda de «tirano doméstico», de «sádico», y se le atribuyen «representaciones obsesivas con impulsos asesinos». Al hilo de estas consideraciones, fundadas en impresiones más que en datos contrastados, algunos estudiosos se empeñaron en vincular al Dr. Moritz Schreber con la patogenia de muchos de los síntomas padecidos por su hijo Paul. Otros, incluso, le consideraron el causante directo de su psicosis. Pero la lista de calificaciones psicopatológicas se amplía y recrudece cuando los investigadores valoran sus publicaciones sin la menor perspectiva del contexto en el que se elaboraron. «Publicó un gran número de libros, cuyos títulos,

dejando de lado su contenido, nos indican inmediatamente que se trataba de un excéntrico, por no decir un chiflado», escriben I. Macalpine y R. A. Hunter («Introduction», «Notes and Discussion », en D. P. Schreber, *Memoirs of my Nervous Illnes*, 1955); en la misma línea, H. Kohut (*The Analysis of the Self*, 1971) estimó que Moritz presentaba una estructura psicótica del carácter y comparaba su psicosis con la de Hitler. No obstante, el cenit de este estilo de consideraciones se alcanza, sin duda, con la monografía de M. Schatzman (*Soul Morder: Persecution in the Family*, 1974) cuando afirma sin el menor rubor: «Las ideas del Dr. Schreber son precursoras de las de los nazis, manifestadas ochenta años después, que mataban a la gente en nombre de la 'higiene' y la 'salud de la raza'». Todo ello basándose en una errónea interpretación de los supuestos métodos coercitivos empleados por Moritz Schreber para corregir posturas y remediar desviaciones de columna.

A la luz de otros estudios sobre la cuestión, hoy sabemos que las tan aireadas «torturas» a las que supuestamente sometía a sus jóvenes pacientes no fueron tales, como podemos leer, por ejemplo, en G. Richter (*Geschichte des ältesten Schrebervereins, 1864-1939: Festschrift zum 75 jährigen Bestehen des Kleingärtnervereins Dr. Schreber*, 1939): «Los instrumentos de tortura (*sic*) utilizados en otro tiempo por los ortopedistas desaparecieron de la clínica de Schreber». Frente a la tendencia a denostar al Dr. M. Schreber, la historiografía más reciente, especialmente la elaborada por Z. Lothane y también por H. Israëls, vuelve a ubicar la figura de tan controvertido personaje dentro de los márgenes

de una cierta normalidad, hecho este que no invalida la perspectiva estructural según la cual la psicosis se configura bajo una dificultad específica de la función paterna.

Moritz murió repentinamente en noviembre de 1861 de una apendicitis aguda. Su hijo Paul contaba entonces diecinueve años y cursaba el segundo año de sus estudios universitarios de Derecho. En vida su fama apenas franqueó las lindes de su Leipzig natal, pero tres años después de su entierro, uno de sus muchos seguidores, Ernst Hauschild, fundó la primera de las Asociaciones Schreber que con el correr de los años fueron adquiriendo terrenos y extendiéndose por todo el territorio alemán. Aún hoy en día, los lugares de recreo para la práctica de la jardinería y la gimnasia siguen conservando el nombre de Jardines Schreber (*Schrebergärten*), y en el paisaje de los alrededores de esa ciudad de Sajonia permanecen esas minúsculas parcelas rectangulares que sirvieron de entretenimiento a los aficionados a la horticultura.

Controvertida ha sido, asimismo, la semblanza que se nos ha transmitido de la longeva *Frau* Pauline Schreber. Según Baumeyer era una mujer pasiva y afectada de una severa depresión, aunque tan apresuradas conclusiones se apoyaban únicamente en la contemplación de sus fotografías. No menos lejos llegó con sus interpretaciones el analista kleiniano Robert B. White, quien la imaginó pidiendo permiso a su esposo para darle el pecho a Paul.

Está probado, por otra parte, que tras la muerte de su marido, Pauline consintió

en la utilización del apellido Schreber para nombrar con él las Asociaciones que paulatinamente fueron creándose para honrar la memoria de su difunto esposo. Y de especial importancia para el rumbo de la locura de Paul, como se verá, resulta el destino de estas Asociaciones Schreber.

También han merecido la atención de los comentaristas la vida y avatares de los hermanos de Paul Schreber, y de modo particular los de Gustav, el primogénito, que se suicidó en mayo de 1877. Como era frecuente en aquellos años, se dijo sin pruebas que Gustav Schreber estaba afectado de parálisis general (sífilis), y lo mismo se diría de su hermano Paul y de tantos otros, sin olvidarnos de Nietzsche, cuyo comportamiento se alejaba del ideal de normalidad.

Pese a estas atribuciones infundadas sabemos, gracias a Israëls (*Scheber, père et fils*, 1986), que Gustav conservaba la razón y acababa de ser nombrado para un puesto muy elevado en Berlín cuando se suicidó. No es desdeñable este dato para tratar de entender el desencadenamiento de la segunda crisis psicótica de Paul Schreber, sobrevenida en similares circunstancias. Por lo demás, conviene anotar que tras la muerte del primogénito sólo Paul podía transmitir el apellido Schreber.

Entretanto, la carrera profesional de Paul Schreber iba viento en popa, ascendiendo rápidamente todos los escalafones profesionales hasta conseguir ser nombrado en 1870 juez con categoría de Consejero en la Corte de Apelación en el *Landesgericht* de Leipzig. Ocho años

después, el 5 de febrero de 1878, Paul Schreber y Ottilie Sabine Behr contrajeron matrimonio en su ciudad natal. Sabine, que contaba veintiún años y era quince más joven que su esposo, provenía de una familia vinculada al mundo del teatro. Año y medio después el matrimonio Schreber se instaló en Chemnitz, donde Paul había sido destinado en el Tribunal de Gran Instancia.

Ya presentó Schreber ciertas ideas hipocóndricas en el momento de su casamiento, como recoge escuetamente F. Baumeyer (*Der Fall Schreber*, 1955). Por lo que sabemos, realmente la salud lo acompañó hasta finales de 1879. Según destaca la prensa de la época, su buen hacer jurídico y su verbo envolvente le auparon hasta ser nombrado candidato a las elecciones al *Reichstag* por la Unión de Conservadores y Nacional-liberales. La campaña fue dura y hubo de batirse repetidamente con el abogado Harnisch y sobre todo con el socialista Geiser, quien finalmente habría de derrotarlo por amplia mayoría. Extenuado y abatido, al día siguiente de las elecciones el doctor Schreber, que contaba cuarenta y dos años, partió en compañía de su joven esposa hacia el Sonneberg, una clínica de descanso donde esperaba recuperarse pronto del malestar que le aquejaba. Pasó allí cuarenta días sin hallar mejoría alguna, de manera que nuevamente regresaron a Leipzig para consultar con el Dr. Flechsig, uno de los neurólogos más famosos de Alemania.

Lo que sucedió más adelante rompe por completo con la mirífica progresión profesional de este hombre, en quien sus próximos y colegas veían al futuro

Ministro de Justicia de la querida patria sajona.

### Paul Schreber, el profesor de psicosis

Tres crisis psicóticas experimentó Paul Schreber a lo largo de su vida.

Las dos primeras nos son muy conocidas por ofrecernos de ellas detallada información en sus *Sucesos memorables*; la última sólo recientemente estamos en condiciones de conocerla y valorarla en sus justos términos.

Sobrevino la primera tras las elecciones al *Reichstag*, en 1884. Schreber manifestó entonces ideas hipocondríacas recurrentes y una gran labilidad emocional, tratando de darse muerte en dos ocasiones. Diagnosticado de «grave hipocondría» abandonó el Sonneberg y regresó junto a Sabine a Leipzig. Allí consultó con el neurólogo Prof. Dr. Paul Emil Flechsig, quien recomendó el inmediato ingreso en la Clínica Universitaria que él dirigía. A pesar de su buen estado de salud somática, Schreber, seguro de padecer una enfermedad incurable, tenía la convicción de que moriría de un ataque al corazón. Su historial clínico recoge distintos trastornos: la persistencia de ideas hipocondríacas, el estado depresivo profundo, la hiperfagia, la astenia, un nuevo intento de suicidio, la hiperestesia auditiva, el deseo repetido de «hacerse fotografiar seis veces», y la irreductible convicción de haber perdido unos quince o veinte kilos. Todos estos fenómenos, asentados en un humor francamente melancólico, apuntan sutilmente al desmembramiento de la imagen del cuerpo y la inminencia del desfallecimiento subjeti-

vo, hechos ambos que habrían de adquirir una desproporción inusitada en la segunda crisis de 1893.

Casi un año después del ingreso en la Clínica de Flechsig, el Dr. Schreber fue dado de alta y reemprendió sus quehaceres profesionales. Durante su convalecencia se le destinó al Tribunal de Primera Instancia de Leipzig, asumiendo sus competencias de Presidente el primer día del año 1886. Como él mismo reconoció, los ocho años que siguieron los pasó en compañía de su esposa, feliz y lleno de honores. Pero su felicidad no fue ni mucho menos completa, pues estuvo empañada por la repetida frustración de no poder engendrar un hijo. Hoy sabemos que Sabine era diabética, y que en el transcurso del matrimonio tuvo seis gestaciones infructuosas.

Cuando contaba cincuenta y un años, Paul Schreber recibió del Dr. Schurig, Ministro de Justicia, el nombramiento de *Senatspräsident* (Presidente de una de las Cámaras en la Corte Suprema del *Land* de Dresde), ascendiendo así a la más elevada instancia judicial del país. Cuanto habría de suceder después a tan destacado juez constituye la parte esencial de las experiencias y pensamientos elegantemente relatados en sus *Sucesos memorables*. Poco después del nombramiento soñó que recaía en su antigua enfermedad, pero más le sobrecogió aún una fantasía hipnopómpica en la cual, contra todos sus rectos principios morales, se le presentó el siguiente pensamiento: «Debía resultar muy placentero ser una mujer cuando se entrega en el coito». Y, ciertamente, lo que Schreber vivió en adelante no fue más que un desarrollo deli-

rante y unas experiencias referenciales de ese fantasma primordial.

Pese a estas primeras conmociones, el día 1 de octubre de 1893 asumió las funciones de presidente de Sala. Algunas semanas después, sumido en un desbordante trabajo, comenzó a sentir los primeros «síntomas de agotamiento mental». Las noches de pertinaz insomnio se acompañaron, nos dice, de un «fenómeno notable» de tipo intrusivo, un ruido o crujido que parecía provocado «por un ratoncito» pero que tiempo después supo que era obra de milagros divinos. Al cabo de unos días consultó nuevamente con Flechsig, quien decidió ingresarlo en la Clínica Psiquiátrica y Neurológica de la Universidad de Leipzig el 21 de noviembre de 1893. Inmerso en una «tristeza infinita», asaltado sin tregua por alucinaciones, ideas delirantes hipocondríacas y persecutorias, apenas alcanzó a entrever otro consuelo que no fuera planificar e intentar el suicidio. Tres meses después comenzó a evitar las visitas diarias de su esposa, cada vez más persuadida de la locura del marido.

Para entonces, el universo en el que habitaba Schreber ya no era ni parecido al de meses atrás, pues había sufrido una completa transformación, un desgarrador crepúsculo, de carácter, a su juicio, sobrenatural. Ni siquiera los hombres le parecían ya verdaderos sino meras apariciones de hombres «hechos a la ligera», animados por obra de milagros. Al mismo tiempo, el antaño admirado neurólogo Flechsig habría comenzado a actuar, según sus sospechas, con maldad y a manifestar intenciones nada puras, como probaba la «conexión nerviosa» que había trabado con él.

Dada la evolución progresiva de la psicosis, pese a los tratamientos con yoduro potásico, morfina, hidrato de cloral, bromuro, sulfonal, hidrato de amilo y otras drogas, el Dr. Flechsig decidió trasladarlo al cabo de medio año a un manicomio estatal para enfermos crónicos, como era usual en aquella época cuando un paciente no se curaba o mejoraba sustancialmente. Mientras Schreber se hundía de este modo en el período más esquizofrénico de su psicosis, Flechsig se mostraba exclusivamente preocupado por su carrera profesional y por la fama que ésta podía depararle. Se ocupaba en esos momentos de preparar el discurso del Rectorado de la Universidad de Leipzig, el cual, ampliado e ilustrado con cortes y dibujos del cerebro, terminaría por convertirse dos años después en su más célebre contribución a la neurobiología, *Gehirn und Seele* [*Cerebro y alma*]. Nunca sabremos hasta qué punto buena parte de los términos («nervios», «lenguaje de los nervios», «enfermo de los nervios», etc.) con los que Paul Schreber tejió su delirio, fueron tomados de su médico mientras era considerado, por otra parte, su principal enemigo.

Sus buenas razones, no todas delirantes, tendría Schreber para acoger con resuelto beneplácito el anuncio del traslado a un manicomio estatal, dejando atrás a Flechsig y su Clínica, pues, como él mismo escribió, en «ningún lugar del mundo podría estar peor que en la clínica de Flechsig». Así, el 29 de junio de 1894 Schreber fue trasladado a la Casa de Salud Real de Sonnenstein, pasando transitoriamente una breve estancia en la clínica del Lindenhof (Coswig), dirigida por el Dr. Pierson. El

manicomio de Sonnenstein, muy elogiado por Griesinger y por Kraepelin, acogió a Schreber durante los siguientes ocho años. Situado en Pirna, muy cerca de Dresde, la antigua fortaleza de Sonnenstein había albergado en sus inicios a criminales y locos furiosos. Años después se reconvirtió efímeramente en un asilo para incurables, y posteriormente se destinó al tratamiento especializado de pacientes agudos, alcanzando en 1900 una población de 620 pacientes, 330 de los cuales eran hombres y 290 mujeres.

Más que a la mera reclusión, el Sonnenstein estaba destinado esencialmente a tareas terapéuticas, siguiendo la tradición instaurada por su primer director Ernst Pienitz. Contaba entre sus instalaciones, junto a las habituales salas de duchas e hidroterapia, una sala de billar, jardines, una habitación con tres pianos para interpretar y escuchar música, y una pequeña biblioteca. Años después de su ingreso, en esta misma biblioteca habría de preparar el Dr. Schreber la célebre apelación contra su internamiento. El 14 de julio de 1902, finalmente, la Corte de Apelación Real de Dresde resolvió a favor del demandante, a pesar del diagnóstico de «paranoia crónica» y de la oposición de Weber que, además de ser su nuevo médico, actuó como forense ante los Tribunales.

Los avatares del proceso y la impoluta defensa esgrimida por el propio Schreber –en especial el texto «¿Bajo qué supuestos es lícito recluir en un establecimiento de salud a una persona considerada mentalmente enferma, en contra de su expresa y declarada volun-

tad?»– hicieron también del «caso Schreber» un referente en los debates entre psiquiatras y juristas. A este respecto, en 1903 la Reunión Psiquiátrico-Forense celebrada en Dresde le dedicó una sesión en la cual Weber volvió a ratificar su posición: «Aunque sea verdad que los paranoicos puedan resolver a menudo sus asuntos, llegará el día en el que se produzcan conflictos en la vida diaria. Tampoco puede excluirse que algún día los trastornos perceptivos de ese tipo de enfermos puedan ejercer una influencia nefasta. En mi opinión, tampoco en este caso [Schreber, aquí llamado Señor N.] puede excluirse esta posibilidad». Cuando, en diciembre de 1902, Schreber salió del manicomio de Sonnenstein había alcanzado una notable estabilización. Fue a finales de 1894 y principios de 1895 cuando paulatinamente apaciguó su frontal oposición al ignominioso imperativo de Dios por el que debería, muy a su pesar, ser transformado en mujer, dejarse fecundar por rayos divinos y procrear así una nueva raza. Al tiempo que redactaba sus *Sucesos memorables*, su inicial confrontación con Dios fue dando paso a una posible «reconciliación» (*Versöhnung*), término muy destacado por Lacan en su interpretación del caso. Fue precisamente en esta inflexión favorable del delirio donde Freud captó la función autocurativa que el delirio atesora, tesis que como sabemos planteaba, a su juicio, «el golpe más atrevido contra la psiquiatría» –tal como escribió a Jung el 18 de diciembre de 1910–, la cual quedaría dividida desde entonces en dos orientaciones abiertamente enfrentadas.

Temido por su mujer y con la carrera profesional arruinada, este hombre al

que no se le conocen amigos había dejado para siempre a sus espaldas la celda y los corredores del Sonnenstein donde aullaba cada noche. Mas no concluyeron ahí las desdichas del Dr. Schreber. Junto a Sabine y Fridoline, una joven de trece años que entretanto su esposa había recogido del orfanato y terminaría por ser adoptada, Paul Schreber trasladó su residencia a Dresde. Allí vivirían juntos hasta 1907, cuando se desencadenó la última crisis que lo llevaría definitivamente al asilo de Dösen, muy próximo a Leipzig, el 27 de noviembre de 1907. Se venía atribuyendo este tercer episodio a la muerte de su nonagenaria madre Pauline (14 de mayo de 1907), o a veces al ataque de apoplejía que sufrió Sabine seis meses después. Sabemos actualmente que el debate sobre el uso del apellido Schreber que venía enfrentando a algunas de las Asociaciones Schreber constituyó el disparador de la última y definitiva crisis psicótica. En una atmósfera rancia, los partidarios del padre se habían dividido, instando a Paul para que decidiera cuál de las Asociaciones podía llevar legítimamente el apellido Schreber. Desmintiendo cualquier partidismo, el Dr. Schreber redactó una declaración (*Erklärung über Schreberverein*) el día 1 de noviembre de 1907, tomando posición ecuánime sobre el destino del nombre de su padre. Veintiséis días después ingresó para siempre en el último manicomio que escucharía sus carcajadas y aullidos.

### El Libro

Schreber no escribió sus *Sucesos memorables* de un tirón. Ningún delirante inventa su delirio bajo un golpe de

suerte que ponga a su disposición, súbitamente, ese caudal de sentido amenazador pero confortante. El delirio constituye siempre un trabajo donde los psicóticos se desenvuelven con más o menos lentitud y bajo un talento mayor o menor. Los grandes temas schreberianos, esto es, la transformación en mujer, el nuevo orden del universo, la crisis en los reinos de Dios, la lengua fundamental o el asesinato del alma, no son hallazgos que sucedan sin esfuerzo. Si concebimos la psicosis como el hundimiento del universo simbólico del sujeto y el surgimiento inmediato de un vacío de significación, el delirio se nos presenta bajo la necesidad de encontrar un nuevo sentido a cualquier precio. En esa tarea se afana el delirante con éxito o sin él. Entendiendo en este caso el éxito del delirante no como el desvanecimiento del delirio que sana al psicótico y confirma su curación, sino como la adquisición de un aglutinante de la identidad que impide la disgregación más intensa del yo. Pues si en algunos casos el psicótico mejora cuando desaparece el delirio, en otros empeora si no da con él.

Schreber comenzó la redacción de su libro en febrero de 1900, seis años después de su internamiento, pero su labor se vio precedida de una lenta preparación que da cuenta de su esfuerzo. Él mismo nos informa sobre su tesón en la tarea de transcribir experiencias, realizar anotaciones o redactar libretas donde va recogiendo sus pensamientos. Y cuando se pone ya decididamente a desarrollar su libro, nos comenta que algunos de sus contenidos van surgiendo en el acto mismo de escribir. En este sentido se ha sugerido en ocasiones



que el cauce natural del delirio es la escritura, cuyo soporte facilitaría la elaboración de esa racionalidad tan particular que identifica al psicótico. Del mismo modo, ha podido sostenerse que todos los psicóticos, pese a las variaciones que podamos encontrar entre los diversos delirios, leen en el fondo de un mismo *Libro*, donde van encontrando los contenidos comunes a todos ellos como si se tratara de los ingredientes de un delirio único y universal: lo divino y lo originario, la catástrofe y el fin del mundo, la pluralidad de mundos, la animalidad, la redención, el mesianismo, el amor, la desposesión y la imposición, el enemigo, el perjuicio y la persecución, la filiación y el linaje. De tal modo que si las variaciones les identifican, y a cada delirante le es dado su delirio, el *Libro* los unifica, y todos los delirantes vendrían a decir de un modo u otro lo mismo.

Pues bien, el escritor (*Schreiber*) Schreber es un delirante de genio, tan capacitado para el fastidioso arte de delirar que consigue transcribir la totalidad de ese *Libro* virtual que parece vivir cerrado en cada uno de nosotros y que sólo se abre para que vayamos copiando de él cuando nos psicotizamos, como si se tratara de una providencial reserva de sentido. Pocas manifestaciones delirantes podemos encontrar en nuestra práctica de lectores clínicos de delirios que no veamos reflejadas en el texto de Schreber. Pocas elaboraciones nos pueden ser contadas por los psicóticos que no podamos referir a su escrito, para encontrar entre sus páginas alguna ana-

logía consecuente. Más allá del estudio del caso, los *Sucesos memorables* poseen esa importancia tan singular, la de ser el compendio de todos los contenidos delirantes, expresados con una agudeza, penetración y riqueza expresiva incomparables. Despertándonos la sospecha, a través de su perfección, de que la finalidad autocurativa de Schreber –y con él la todos los delirantes–, no es otra que volver a cerrar de nuevo el *Libro* abierto por el delirio a fuerza de reescribir una copia del mismo.

Tal sería el éxito curativo del escritor. El libro de Schreber es una enciclopedia de psicopatología que merece la pena ser leída de principio a fin. Pocos tratados sobre la locura pueden igualar su riqueza y su capacidad de sugerencias inagotable, incitándonos a una interpretación constante. Sus explicaciones, sus ocurrencias y sus giros lingüísticos constituyen un sabio manual para todos nosotros. Por otra parte, el testimonio personal de Schreber no sólo nos ofrece pistas insustituibles sobre la génesis de la locura y la comprensión que adeudamos a los psicóticos, sino que constituye también un ejemplo a favor de la lucha por la emancipación de los enfermos mentales y, por extensión, de todo ciudadano. Nadie como él ha conseguido encarnar, en un gesto único, la auto-defensa de su libertad ante los tribunales con la autodefensa ante sí que define desde Freud al delirio. Protegerse de la locura y defenderse de la opresión constituyen las obligaciones inseparables de un mismo destino.